
Edurne Maiona



EL LIBRO DE EGOI

«Me yamo Egoi y este es mi libro.»

—A ver cuándo aprendes a escribir bien, melón —me dice Arhe con la voz chillona que pone cuando algo le molesta.

Me enfado.

—¿Por qué me llamas melón?

—Porque es lo que tienes en esa cabecita tuya, en lugar de cerebro.

Entonces va y me propina un coscorrón.

—¡Ay! —grito.

—¿Querías presentarte? —me pregunta arisca.

Digo que sí con la cabeza mientras me la rasco. Se me ha quedado dolorida. Arhe es mi amiga, pero a veces resulta cargante.

—Pues es-crí-be-lo bien —me regaña marcando con fuerza cada sílaba.

Arranca el lápiz de mi mano y empieza a escribir...

Hola lectores y lectoras, este es mi libro, el Libro de Egoi. Soy un galtzagorri, Elemental de Tierra de origen vasco. Cuando salgo de mi casa, que está construida entre las raíces de un haya

sagrada que se llama Sakona, mi amiga Arhe, que también es un Elemental, pero del Aire, me está esperando para irnos de aventuras.

—¡Qué bien escribes! —digo con retintín— Solo falta que cuentes qué es un Elemental, para que todo el mundo se entere aparte de ti ¿no, listilla?

—Tienes razón —dice muy seria.

Vuelve a coger el lápiz y escribe:

Hay Elementales inteligentes, como Arhe, y otros un poco tontos, como Egoi.

—Paso de ti —contesto recuperando mi lapicero.

Es muy especial, porque tiene todos los colores y solo hace falta pensar en uno para que pinte de ese color. Me lo regaló hace muuucho tiempo Izadi, mi maestra. Ella intentó enseñarme el lenguaje humano, pero yo no ponía mucha atención, la verdad. He sido siempre muy mal estudiante.

De todas formas, conozco a la perfección el lenguaje de los duendes y el de las hadas, así que no necesito la escritura humana. También tengo mi lápiz, que escribe por mí, y me comunico con

los niños a través de mis cuentos, se los susurro al oído cuando se duermen. Esa es mi misión, para eso fui creado.

Pero antes de decir quién soy, mejor os explico qué es un Elemental.

Los Elementales somos seres que los humanos no podéis ver. Pertenecemos a los cuatro Elementos, de ahí nuestro nombre, que son Tierra, Aire, Fuego y Agua.

Yo soy un duende de tierra. Arhe es un hada de aire, con sus alas y todo.

—Ven, saluda —le digo.

Arhe se acerca sonriendo. Ya no está enfadada. Yo tampoco. En realidad, no sabemos indignarnos como los humanos, por eso no nos duran mucho los enfados.

Mi amiga Arhe saluda con la mano.

—¡Hola!

No la veis. A mí tampoco. Pero os aseguro que estamos aquí, muy cerca de vosotros.

—¿Te has dado cuenta de que está anocheciendo? —dice Arhe.

¡Es verdad!

Tengo que darme prisa si quiero llegar a tiempo de contar mi cuento de esta noche.

—¡Tenemos que darnos prisa! —exclama Arhe, como si me hubiera leído el pensamiento.

Arhe siempre me acompaña. Se podría decir que es mi ayudante. Creo que formamos el mejor equipo de ECC —Elementales Contadores de Cuentos—.

La niña que nos toca visitar esta noche es muy avispada e inquieta. No se conforma con lo que ven sus ojos, siempre quiere saber más, busca continuamente nuevas respuestas. Así que vamos a tratar de ayudarla a que las encuentre.

Imagino el azul que quiero y mi lápiz dibuja en el aire un nombre con ese tono:

NURIA

Y, justo en el momento preciso en que Nuria comienza a traspasar el puente que le llevará al mundo de los sueños, Arhe y yo aparecemos en la cabecera de su cama.

Me quedo mirando un momento el perfil de la niña, que descansa apoyado en la almohada. Se nota que está tensa porque tiene la boca apretada con fuerza, de forma que casi no se le ven los labios. Los párpados cerrados se mueven con un ligero temblor.

Arhe me toca con un dedo y me hace un gesto de impaciencia. Tiene razón, si no actuamos ya, se nos pasará el momento propicio y el cuento no surtirá el efecto deseado.

Me preparo para empezar.

A la par que yo voy pronunciando las palabras del cuento que pertenece a Nuria, Arhe sopla muy despacio para que cada frase se deslice por su oído mientras duerme y, así llegue hasta su mente y su corazón...

BUSCANDO LA FELICIDAD





Nuria salió a buscar la Felicidad. Se levantó prontito y se puso su vestido de gasa y sonrisas transparentes.

—Camina despacio, obsérvalo todo con cuidado y no tengas prisa en escoger aquello que ha de hacerte feliz, porque las cosas son engañosas y la Felicidad casi siempre está en lo más sencillo, en lo más cercano —le aconsejó su madre.

Nuria se quedó pensativa un momento.

—Sí, mamá, lo sé. Pero es que, lo más cercano puede estar en cualquier parte del mundo, ¿no? —contestó.

Y recorrió el globo terráqueo dos veces.

Su primer viaje alrededor del mundo duró más bien poco, lo hizo rápida, segura como estaba de que encontraría la Felicidad.

No fue así. La Felicidad siempre se iba antes de que ella llegase, o bien, nadie sabía nada de la buena señora.

Tanto ir y venir, su vestido de gasa y sonrisas transparentes estaba ya un poco sucio y desgastado, por lo que pasó por casa para

cambiárselo por el de algodón y latidos desbocados de corazón.

—¿Has encontrado lo que querías? —le preguntó su madre al verla entrar por la puerta.

—No. Pero hay lugares a los que todavía no he ido —fue su respuesta.

—¿Y qué lugares son esos? —quiso saber su madre.

—Pues... el fondo del mar, la selva tropical, las nubes...

La madre de Nuria le tomó la cara y depositó un suave beso en su frente.

—Ve con cuidado —le dijo.

Así las cosas, Nuria cogió su bicicleta y salió de su casa. La madrugada era fría y lluviosa y al instante se arrepintió de no haberse puesto un impermeable sobre el vestido. El algodón empezó a empaparse y las miradas amorosas se entristecieron un poco.

Al rato, el tiempo cambió, para alegría de Nuria. Enseguida dejó de llover y las nubes se apartaron, dejando paso a los agradables rayos de un precioso y luminoso sol.